



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Europa desde Latinoamérica

Autor: Zea, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1998). Europa desde Latinoamérica. *Cuadernos Americanos*, 1(67), 73-83.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 67, (enero-febrero de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EUROPA DESDE LATINOAMÉRICA

Por *Leopoldo ZEA*

MIEMBRO DEL CONSEJO CONSULTIVO,
SOCIEDAD EUROPEA DE CULTURA,
PUDEL, UNAM

EN LOS ÚLTIMOS TIEMPOS, Europa se viene planteando problemas de identidad que a lo largo de varios siglos se habían planteado los latinoamericanos. Problemas que originó la ineludible presencia de Europa en esta región. Problemas que parecían ser ajenos a Europa. Por ello, frente a esta problemática, puede ser importante la idea que sobre la misma han tenido y tienen pueblos como los que forman la América Latina. Los latinoamericanos hemos aprendido la importancia que para definir o comprender la propia identidad tienen los puntos de vista de los otros.

Partiré de la experiencia personal, la que tuve como director de Relaciones Culturales de la Cancillería Mexicana con el envío de la Exposición de Arte Mexicano que entre 1961 y 1963 recorrió varias ciudades de Europa, entre ellas Roma en Italia y Copenhague en Dinamarca. La Exposición culminaba su gira en París, Francia. Allí tuve oportunidad de encontrarme con el flamante ministro de Cultura de Francia, André Malraux. Cambié algunas palabras que no he olvidado. “Señor —me dijo— debe usted sentirse extraordinariamente orgulloso como mexicano de la cultura y arte de su país, lo maya, lo azteca y el rico mestizaje. Como yo francés, me siento orgulloso de mi pasado cultural y artístico griego, latino y europeo”. “Lo estoy y me siento doblemente orgulloso”. Mi respuesta pareció un tanto atrevida ya que con cierto disgusto me preguntó: “¿Por qué doblemente orgulloso?”. “Porque el pasado maya, azteca y mestizo es exclusivo de mi pueblo, de la América de la que soy parte, pero también es nuestra la cultura y arte griego, latino y europeo”. Malraux sonrió con un “Tiene usted razón”.

Mis palabras no fueron para llamar la atención, pura y simplemente fueron expresión de algo que sentía, aún antes de conocer a

Europa en vivo. A través de mis lecturas, mis oídos y mi vista la conocía como algo que sentía propio, que era parte mía en América. Algo que me ampliaba. Confieso que nunca sentí complejos de inferioridad, ni menos me he sentido un desterrado de la historia y la cultura por excelencia. Entré a la región de la que es parte México, Latinoamérica, donde el mestizaje impide toda opción: optar por América o por Europa es, simplemente, amputar.

En este sentido, antes de conocer a Europa tuve el sentimiento de dolor que originaba esa realidad al otro lado del océano; algo que me dolía como si sucediese aquí en donde vivo. Me dolía la España de la guerra civil, preámbulo de la Segunda Guerra mundial. Me dolía Europa con su brutal guerra y sus no imaginadas perversiones. Mi primera visita a Europa fue en 1953, terminada la Guerra, cuando empezaban a cicatrizar las heridas. Al llegar sentí que recuperaba una parte de mi propia identidad. Creo que André Malraux supo comprender de inmediato mi reacción porque pocos como este gran escritor han comprendido esa otra dimensión del pasado de Europa que es Asia, tanto en China como en Indochina.

Los problemas de identidad que se plantea Europa en los últimos tiempos, a partir de los sucesos que se pusieron en marcha en 1989, con el fin de la guerra fría, la caída de muros y la globalización, no habían sido ajenos a su inteligencia, que ya se los había planteado al final de las dos grandes guerras que enlutaron a Europa y al mundo. Preocupación patente fue en dos grandes filósofos de la historia de estos tiempos: Oswald Spengler, al término de la Primera Guerra con una visión catastrófica y Arnold Toynbee, con una visión integradora que se hará realidad en nuestro tiempo. El primero anunciando la decadencia y el fin del Occidente, el segundo haciendo de Occidente el motor de la historia, de un mundo multiétnico y multicultural como ahora se expresa. En Francia estaba también el existencialismo de Jean-Paul Sartre, cuestionándose sobre una Europa que había dejado de ser expresión del hombre por excelencia.

La guerra fría que siguió a la Segunda Guerra mundial dividiría al mundo, haciendo de Europa y del resto de los pueblos de la tierra rehenes de ideologías que se disputaban la hegemonía del planeta. La una encarnada en la prolongación de la Europa Occidental en América, Estados Unidos. La otra, la del este de Europa, encarnada en la Unión Soviética. Dos Europas y dos partes de la tierra respectivamente protegidas y por ello subordinadas a sus protectores.

En 1989, que será el gran hiato entre la historia que fue y la historia que tendrá que hacerse, sucedió algo extraordinariamente maravilloso y promisorio, la salida de la Unión Soviética, bajo la conducción de Mijail Gorbachov, de la guerra fría. Se inició la caída de los muros y el fin de ideologías amputantes y con ello la emergencia de una sola Europa abierta, llana. Se habló de un maravilloso futuro. Francia celebraba el bicentenario de la Revolución Francesa y con ella de los Derechos del Hombre que la misma había enarbolado. El primer ministro de Francia, Michel Rocard, recordaba las palabras de Victor Hugo: ‘‘En el siglo xx habrá una nación extraordinaria, no se llamará Francia, se llamará Europa y en el siguiente siglo se llamará Humanidad’’.

Aquí, en la América que se autodenominaba latina, se recordarían las palabras del mexicano José Vasconcelos, muchos años antes, en 1925 diciendo: ‘‘En América española, ya no repetirá la naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un solo color, de rasgos particulares, la que esta vez salga de la olvidada Atlántida, no será la futura, ni una quinta, ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras: lo que allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y por lo mismo más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal. Lo que de allí salga será la Raza Cósmica’’. Esto es, raza que no es raza en sentido biológico, sino capacidad para reconocerse en el ser distinto del otro, en lo que le diferencia y al mismo tiempo lo iguala y lo hace su semejante. Igualdad en la diferencia entre hombres concretos y por ello diversos, pero no tanto que dejen de ser hombres.

Las palabras de Victor Hugo hacen recordar las de José Vasconcelos anunciando el fin del maniqueísmo de la guerra fría. Pero también el de la Europa que había mantenido y justificado su hegemonía sobre otras partes del mundo. Las palabras de Victor Hugo coincidían con las de Vasconcelos, con las de Simón Bolívar y otros emancipadores de América que se negaron a romper con Europa, a la que consideraban como algo propio, pero manteniendo con ella una relación solidaria y no instrumental de dependencia. Por ello se habló de una nación de naciones, de raza de razas, de cultura de culturas como expresión de lo humano por excelencia. Europa, ya sin la obligada protección que ideologías armadas le imponían, podría iniciar su propia integración, la comunidad europea, que al realizarse y extenderse horizontalmente se convertiría en nación de naciones, raza de razas, cultura de culturas; esto es: humanidad

pura y simplemente. Las ya ancestrales luchas que por este reconocimiento se hacían en América Latina y otras regiones de la tierra llegarían a su fin.

Europa recuperaba en las palabras de Victor Hugo ideales integradores que ya se habían hecho expresos en los albores de su historia, tanto en Grecia como en Roma; en la Grecia y la Roma del Mediterráneo, que hacían de sus conquistas instrumento asuntivo de razas y culturas, tal como lo entendió Alejandro Magno, haciendo de la Hélade instrumento de integración de conquistadores y conquistados, y Roma con la latinidad, que implicaba el reconocimiento de lo diverso de los pueblos que formaban su imperio. Un imperio que bañaba el Mediterráneo: Europa, Asia y África. Es la misma romanidad de la que habló Bolívar, antecedente de la latinidad, que nada tiene que ver con la idea imperial de Napoleón III de Francia.

Pero ya en el mismo 1989, que tan extraordinario futuro anunciaba, circulaba un pequeño ensayo de filosofía de la historia titulado *¿Fin de la historia?*, del estadounidense Francis Fukuyama. Ensayo ominoso, preocupante por representar la ideología de un mundo que se negaba a pasar a la historia la ideología del otro protagonista de la guerra fría, Estados Unidos; la América Sajona, como la designaban los latinoamericanos. Fukuyama partía de la filosofía de la historia de Hegel que hacía encarnar el Espíritu que animaba esa historia en la región de la que era prolongación, al occidente de Europa: Estados Unidos. La nación que al expandirse y crecer, en las dos grandes guerras, había impuesto como protección su propia hegemonía a la Europa de la que era criatura. El fin de la guerra fría no implicaba el triunfo del mundo del que habló Victor Hugo y reclamaba Vasconcelos, pura y simplemente en el triunfo del sistema, propio del Mundo Occidental, Estados Unidos y la Europa Occidental. Era el final de una larga historia ya prevista por Hegel y que Fukuyama anunciaba como realización plena del mundo encarnado en el sistema capitalista, el del desarrollo material, libre mercado, como fruto de la democracia. Fuera, condenados a una historia que se presentaba sin fin, quedaban los pueblos que con sus riquezas y mano de obra esclava habían hecho posible el sueño fáustico del mundo que se autodenominaba occidental, el llamado Tercer Mundo: África, Asia, Latinoamérica. Pero también queda fuera la Europa que había permanecido bajo la protección de la Unión Soviética, la del socialismo real, y por ello quedaban incapacitados sus pueblos para entrar en un mundo para el cual carecían de experiencia.

Fukuyama prolongará en los Estados Unidos de América los ideales e ideas de la Europa que había sucedido a la Europa creada por Grecia y Roma en el Mediterráneo. La Europa del Sacro Imperio Romano, imponiéndole su hegemonía y con ella también la Europa del espíritu fáustico del que hablará Goethe en su *Faust*. El espíritu encarnaba ahora en una gran nación, los Estados Unidos de Norteamérica. De este espíritu hablaron los fundadores de esa nación, Washington y Jefferson, sin otro compromiso que el de la humanidad de la que esta nación se consideraba expresión. Una nación sajona, blanca y puritana y por ello apartada de toda contaminación que impidiese su destino. Allí están las palabras de Jefferson: "Bondadosamente apartados por la naturaleza y un ancho océano del exterminador caos de una cuarta parte del globo; de espíritu demasiado elevado para soportar la degradación de los demás; poseedores de un país elegido, con espacio suficiente para nuestros descendientes durante mil generaciones, con el sentido de nuestra igualdad de derechos para valernos de nuestras propias facultades, no por privilegios de nacimiento, adorando una Providencia superior que con todas las bendiciones demuestra que le satisface la felicidad del hombre en esta vida y su mayor bienaventuranza en la otra; contando con todas estas bendiciones, ¿qué más necesitamos para ser un pueblo feliz y próspero?".

Frente a esta ideología blanca, anglosajona y puritana se levantan los ideales de la otra América, la que se denominará latina, expresos en las palabras del hombre que quería pasar a la gloria como libertador y no como conquistador: Simón Bolívar. "Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo". Y agregaba: "En la marcha de los siglos, podría encontrarse quizá una sola nación cubriendo el universo, la federal". Una nación de naciones, de pares entre pares, iguales entre sí integrando diversas razas y culturas como expresión de una sola y gran raza y cultura como expresión de la concreción ineludible del hombre.

La Humanidad de la que habla Victor Hugo. Posibilidad que se planteaba en la América Latina: la diversidad étnica y cultural en un mundo que pretendía ser uniétnico y unicultural. Son éstos, precisamente, los problemas que se plantean ahora a una Europa enfrentada a la ineludible globalización en la cual hombres, culturas, pueblos, naciones de diverso origen, quieren verse comprendidos y de lo contrario amenazan a la globalización con la atomización. Problemas no sólo de Europa sino también de su prolongación al otro

lado del Atlántico, la América Sajona que como la Latina está en busca de una síntesis presentada como ineludible necesidad.

Pero ¿qué es Europa? Europa es una región de la tierra que por sus orígenes es también multiétnica y multicultural, ya que se ha formado por pueblos de diversos orígenes que han luchado entre sí por asentarse y posesionarse de la región a la que habían arribado. Pero ha sido la fuerza la que ha originado las integraciones que, al crecer, se han transformado en naciones. Naciones que partiendo de sí mismas, han tratado de imponerse las unas a las otras originando imperios y con los imperios el coloniaje que las desbordó sobre el resto de la tierra. Cada nación enfrentada a las demás, buscando imponer su propia hegemonía regional vista como universal. Así hasta los tiempos modernos en que cada nación, transformándose en imperio se impondrá en Europa y en las tierras más allá de Europa. Fue así que surgió el desconocido continente bautizado como América, cuyo dominio será disputado por las naciones que ya se habían enfrentado en el continente europeo, imponiendo sus regionales diferencias. Pero una Europa que es en conjunto multifacética, multirracial, multicultural, sin una lengua común pero con un extraordinario y variado folklore. Diversas religiones y culturas y diversidad de propósitos.

En el continente descubierto, por razones de dominio se impusieron dos ideas de lo humano y su cultura. Por un lado la idea mediterránea, latina, encarnada en Iberia y por el otro la germana, sajona, encarnada en la América Sajona del norte. Una asimiladora, la otra excluyente. Se continúa en el Nuevo Mundo el enfrentamiento entre estas concepciones, diversa hegemonía, una que heredaba el ideal integrador de la Roma latina y el otro, el ideal excluyente del Sacro Imperio Romano, transformado en un individualismo excluyente. Fue a partir del dominio de América que se pasa al dominio del resto de la tierra, incluida el Asia con su extraordinaria diversidad de razas y culturas. Iberia insistiendo en llevar su concepción mediterránea y latina, dominando pero incorporando. La otra Europa, la excluyente sajona, haciendo del resto del mundo una gran factoría por explotar y de sus frutos beneficios de sus depredadores. La Europa mediterránea y latina poco o nada podría hacer en tierras con razas, religiones y culturas recias como las asiáticas o primitivas, como las del sur del África. La sajona sólo busca hacer de las regiones dominadas un gran campo por explotar como se explotaba la flora y la fauna de las tierras con las que se iba encontrando.

El centro de poder de Europa, al desaparecer la Roma mediterránea, había pasado a la Europa germana, al Sacro Imperio. Pero presionando seguían las mismas fuerzas africanas y asiáticas que mantuvo en sus relativos márgenes el Imperio Romano. Fuerzas que penetran desde el África, por la Península Ibérica y fuerzas que entran por el este sobre las grandes llanuras; por un lado la invasión islámica, por el otro la mongola de Gengis Khan. Desde África, por la Península Ibérica, las fuerzas musulmanas penetran y saltan sobre los Pirineos franceses. Por el este primero son los árabes y mongoles, después los turcos, que llegan a la misma cabecera del Sacro Imperio Romano, Viena. La resistencia a estos embates la harán frente al África los pueblos iberos, frente al Asia los pueblos eslavos. Iberos y eslavos defenderán las fronteras de la Europa Occidental que ya emergía, pero al hacerlo se mezclarán con los invasores. Tanto en la Península Ibérica como en las tierras eslavas. Mestizaje que originó su marginación del centro de poder europeo. Marginación que plantea problemas semejantes a los que se plantearán los pueblos bajo hegemonía ibera en América: problemas de identidad.

¿Europa termina en los Pirineos? ¿Qué son entonces los pueblos que se han mestizado en la Península Ibérica con gente llegada de África y Asia con otra cultura y otra religión? ¿Moros? ¿Godos? Lo mismo sucederá en los pueblos eslavos al este de la Europa Central y los rusos. ¿Qué somos? ¿Eslavos o europeos? Como en la América Latina cuando se pregunta con Bolívar, ¿Qué somos?, ¿Americanos? ¿Europeos? ¿Indios? ¿Españoles? La Europa que se denomina occidental en nuestro tiempo encontrará difícil integrarse con los pueblos en los márgenes de sus fronteras: iberos y eslavos. Pero ahora, a fin de siglo, ¿cómo integrarse a pueblos que se han formado dentro del comunismo; pueblos ajenos a la democracia y al desarrollo occidental por excelencia?

El problema de identidad que se plantea a iberos y eslavos en relación con Europa, será el que se planteará a los latinoamericanos en relación con los Estados Unidos y con el occidente de Europa. Serán éstas a su vez las que originen los problemas de identidad que ahora se hacen presentes en la misma Europa Occidental y los Estados Unidos. La desintegración de la Unión Soviética al salir de la guerra fría pretendiendo democratizarse e incorporarse en una economía en la que los individuos fuesen sus absolutos responsables, hizo pensar a Francis Fukuyama que lo que se había originado era el triunfo absoluto del otro protagonista de la guerra fría, Estados Unidos. Triunfo absoluto de un sistema del cual era a la vez promotor y garante con su poderosa fuerza militar. Este supuesto triunfo

dejaba a la Europa Occidental bajo la vieja dependencia que originó la guerra fría. Suposición que Europa enfrentó de inmediato. Europa se apresuró a integrarse y crear una gran comunidad dentro de una economía para la cual su protector estaba incapacitado, obligado a hacer armas y no los utensilios domésticos que reclamaban las sociedades que entraban en la paz, que hacía posible el fin de la guerra fría y la desaparición de la potencia que amenazaba en el este.

Lo expresado en 1989, recordando a Victor Hugo, de una nación de naciones que se llamase Humanidad, quedaba anulado por las amenazantes pretensiones hegemónicas estadounidenses. La Europa que se perfilaba no era ya la Europa del pasado, la del Mediterráneo, capaz de integrar razas y culturas diversas. Europa se enfrentaría ahora a las pretensiones hegemónicas estadounidenses que, ante la desintegración de la Unión Soviética, insistía en los peligros por los cuales Europa debería seguir siendo defendida. La Europa que se perfila, puesta a la defensiva, intentará una nueva aunque imposible autarquía. Por un lado se negará a aceptar la protección armada estadounidense y por el otro se cerrará a la gente que fuera de sus colonias. Las colonias, el Tercer Mundo, eran prescindibles pero también son prescindibles los Estados Unidos. Tendrá también igualmente que enfrentar a la gente de la otra Europa, la Central, la del Este y la ya no lejana Rusia. Gente que no podía ser parte de la Casa Común Europea, cancelada así la Casa Común del hombre, que estuvo inspirada en Victor Hugo.

Esta otra gente no podría disfrutar de los frutos que en su propio beneficio habían alcanzado los europeos por excelencia. De allí la resistencia a incorporar a la Europa que se consideraba secuestrada por el comunismo soviético. Sentimientos de frustración expresados por Kundera y Havel: esta Europa no era, no podía ser parte del desarrollo alcanzado por Europa Occidental. Esta Europa, la Occidental, no era la que estos pueblos creían haber defendido al enfrentar la hegemonía soviética. Menos aún podrían ser los rusos, ucranianos, etc., que habían sido parte del centro de poder soviético, protagonista de la guerra fría. La resistencia europea a esta integración origina a su vez situaciones de violencia racial, cultural, internacional y religiosa. Violencia expresa en varias regiones de la que fuera la Unión Soviética y con inusitada brutalidad en la que fuera Yugoslavia. Había que resistir las pretensiones hegemónicas de los Estados Unidos, pero también las demandas de los pueblos de las que fueran sus colonias y los intentos de la otra Europa por compartir un desarrollo por el cual nada había hecho. Las

profecías de Fukuyama se hacían realidad, pero quedando igualmente marginados los Estados Unidos.

Pero se hizo patente algo más que el puro resistir a hegemonías y pretensiones externas para compartir beneficios alcanzados entre el Tercer Mundo y la otra Europa y Estados Unidos. Dentro, en las propias entrañas de la Europa Occidental, estaba ya la gente cuyo origen eran las regiones que se querían marginar: africanos, asiáticos y latinoamericanos. Gente que era ya parte de Europa como también lo era de la poderosa nación marginada, Estados Unidos. Pero la globalización que se había hecho expresa en 1989 era ya una realidad que no podía ser eludida ni por colonizadores ni por colonizados. Globalización que amenazaba el usufructo de lo alcanzado. La resistencia a esta amenaza originó a su vez la desintegración que también planetariamente se estaba originando. Dentro de la globalización, Europa y los europeos no eran sino una pequeña parte del Planeta que podía tanto integrarse como explotar para volver al Caos del que según Hesíodo salió el Mundo. Los europeos ahora, como los latinoamericanos ayer, empezaron así a plantear problemas de identidad. ¿Qué es Europa? ¿Qué son los europeos en la globalización? ¿Qué en relación con el resto de los pueblos de la tierra? Problemas que se plantean también a la Europa al otro lado del Atlántico, Estados Unidos.

¿Qué hacer en la globalización? ¿Qué hacer con la Humanidad como nación anunciada por Victor Hugo? ¿Qué con la raza cósmica de Vasconcelos y la nación de naciones de Bolívar? ¿Resistirse y desintegrarse o aceptarla como fatalidad? Los Estados Unidos, como Europa, se latinoamericanizan así y se plantean problemas semejantes a los planteados a los pensadores latinoamericanos. Europa se plantea en diversos foros el problema de su identidad frente a un mundo en el cual ya no es el centro. Los estadounidenses están igualmente haciéndolo, enfrentándose a problemas semejantes. Obviamente surgen en Europa fuertes resistencias: xenofobias que desatadas amenazan el regreso a las pesadillas como las de la Segunda Guerra mundial. Pero ¿acaso no tiene Europa extraordinarios antecedentes para enfrentar y resolver este problema?

Entre las reflexiones puestas en marcha, diversos proyectos integracionistas frente a la desintegración que se anunciaba; habrá que destacar el que patrocinó el Ministerio de Investigación y Tecnología de Francia denominado Europa Mater, dado a conocer en octubre de 1991 en París, durante la presentación de un libro sobre América Latina en la Maison de l'Amérique Latine, proyecto apoyado por diversos intelectuales europeos y latinoamericanos.

Este proyecto, dice su texto, "implica crear una red de investigaciones e intercambios internacionales e interuniversitarios sobre la noción de Conciencia Europea". El objetivo de Europa Mater implica la creación de una red sobre la totalidad del territorio europeo a partir de estructuras preexistentes". "Se trata de un proyecto a largo plazo cuya realización está ya en proceso, para el que se necesitará de mayores contactos de los países interesados". Se parte de la idea de una unidad cultural en potencia, que han roto los acontecimientos históricos. Pero los recientes movimientos acaecidos en los países del este provocaron una situación y una problemática que es menester afrontar para renovar las tradiciones establecidas. "Europa no puede construirse exclusivamente con una base económica. Es por la cultura que los pueblos que la forman, por grandes que sean sus diferencias étnicas, sociales, políticas y religiosas, pueden reconocerse entre sí como semejantes y por ello capaces de comprenderse. La conciencia europea debe ser construida por todos e integrada en la formación de científicos, artistas y hombres de cultura: por ello la movilidad y el intercambio ha de darse en todos los planos para posibilitar al Homo europaeus".

¿Qué es el Homo europaeus? Es el hombre capaz de comprender su propia humanidad a partir del reconocimiento de la misma, la de sus semejantes. Comprender sus propios derechos a partir de los derechos de los otros. Su cultura a partir de la cultura de los otros. La Europa Mater no es ya la Europa abstracta que se imponía como tal a otros hombres y pueblos. Europa es ahora vista como madre de pueblos y culturas en sus diversas expresiones, por ello una Europa abierta. El hombre que de allí emerge no puede ser ya el hombre por excelencia sino el que sea capaz de reconocerse a sí mismo en la diversidad de los otros. Proyecto que no se detiene en Europa Mater sino que parte de la experiencia histórica que la misma posee con otros pueblos y hombres a lo largo de la tierra. Europa Mater reconoce como su origen, como antecedente y experiencia el "tesoro grecorromano" que supo integrar razas, lenguas, culturas diversas con un extraordinario espíritu de apertura que constituye la problemática de la unidad europea, pero también la de otros pueblos de la tierra. Ello implica el regreso al pasado mesopotámico, palestino, griego y romano y a los otros pueblos de los que Europa es originaria. La misma preocupación expresada en los proyectos de integración de la América que se autodenomina latina está ya presente y dentro de la América Sajona poniendo así en crisis su monótona y cerrada identidad.

La misma preocupación universalista está presente en instituciones como la Sociedad Europea de Cultura con sede en Venecia, Italia. Existen programas que están poniendo en marcha en los que colaborarán latinoamericanos y europeos. En América Latina se están preparando actividades, entre ellas la de conmemorar el Redescubrimiento o el otro descubrimiento de América, que originó la visita, en 1799, del sabio alemán Alejandro de Humboldt, científico que visitó varios países de la América bajo dominio español: Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Cuba y México.

De esta visita habló Simón Bolívar diciendo: "El Barón de Humboldt ha hecho más bien por la América Latina que todos sus conquistadores". ¿Qué hizo este sabio? Primero puso punto final a las calumnias que sobre la región y sus hombres habían hecho el francés Buffon y el holandés De Pauw. Después reivindicó esta región de la tierra y a sus hombres, a los cuales les dio los instrumentos para reclamar su independencia, por la que muchos darán la vida. "Nuestros amigos —recuerda Humboldt— han perecido en sangrientas luchas, que poco a poco han dado libertad a esos lejanos lugares. La casa que nosotros habíamos habitado no es más que un montón de escombros". Para Humboldt la conquista, en su horror, tenía sin embargo un aspecto positivo: abrió ventanas a Europa que tanto ignoraba. La puso en contacto con hombres y culturas diversos pero igualmente importantes. "El Nuevo Mundo —dijo— ha ejercido influencias considerables en las instituciones políticas, en las ideas y en las tendencias de los pueblos colocados en el límite oriental de aquel valle del océano Atlántico". Bajo esta mirada es que Humboldt redescubre a América y al hacerlo pone fin al descubrimiento de Cristóbal Colón en 1492 con el que se inició la colonización de América y otras regiones de la tierra. Tal es lo que para la América Latina representa Europa, vista como su propio e ineludible pasado, como una parte de sí misma y ahora copartícipe del futuro promisorio que tanto para América como para Europa fue imaginado a nivel planetario.